

## La economía de 1993

JUAN ANTONIO FRANCO OLIVAN

**D**ejamos atrás un 1992 que pasará indudablemente a la historia por los fastos y acontecimientos mundiales en nuestro país, y también, desgraciadamente, por la caída precipitada del pulso económico. Hemos pasado de la ilusión al desencanto y de ahí a la frustración. Existe el convencimiento de que, si bien la crisis internacional es evidente y tiene su parte de culpa, se podría haber hecho algo más en casa para evitar o paliar la dureza de la caída. Y este convencimiento añade más frustración. Comenzamos hablando de la necesidad de realizar un «aterrizaje suave» de la economía, que estaba creciendo a tasas superiores al 5% en 1988-89; después se acuñó el término «enfriamiento» para definir la imperiosa necesidad de moderar el desbocado galope del consumo, que encendía la luz roja de la inflación y hacía saltar los fusibles del déficit público y exterior; entramos en la «desaceleración» y, finalmente, la economía española ingresa

en 1993 en estado de plena recesión, dicho sea en términos técnicos por cuanto, de crecimientos del PIB minúsculos, se ha pasado a crecimientos negativos durante los últimos meses del segundo semestre de 1992. Datos que convierten en optimistas las negras previsiones de crecimiento cero en el primer semestre de 1993.

Lo que empezó siendo una rutinaria maniobra de acomodación del ritmo de crecimiento a las coordenadas de vuelo, acabó en un aterrizaje de emergencia con la pista llena de la espuma blanca de la desilusión. Y es que, durante el trayecto, falló el carburante que impulsaba las poderosas turbinas, a su paso por el aeropuerto de Copenhague.

**«Hemos pasado de la ilusión al desencanto y de ahí a la frustración. Existe el convencimiento de que, si bien la crisis internacionales evidente y tiene su parte de culpa, se podría haber hecho algo más en casa para evitar o paliar la dureza de la caída.»**

El «no» danés al Tratado de Maastricht tuvo, en efecto, la virtud de romper un estado de gracia de la opinión pública, del que participaban, por supuesto, los operadores de los mercados de divisas y financieros, según el cual el

camino hacia la Unión Económica y Monetaria Europea era irreversible y conducía inexorablemente a la Unión Política. En este acto de fe multitudinario quedaban fundidas y justificadas todas las desviaciones heterodoxas de política económica cometidas por algunos miembros comunitarios: déficit brutales, tanto presupuestarios como por cuenta corriente, inflación creciente conviviendo con monedas sobrevaloradas, podían ser justificados y tolerados porque existía el compromiso serio y formalmente establecido de que se trataba de una situación transitoria, que tendría su final dentro de unos plazos expresamente diseñados en el Tratado de Maastricht. Los Programas de Convergencia de estos países heterodoxos confirmaban, por añadidura, la voluntad política de los Gobiernos respectivos de acomodarse a esos plazos, estableciendo políticas severas de ajuste y rectificación de su conducta para volver al camino de la ortodoxia.

**P**ero el «no» danés, que no logró paliar el raquíctico «sí» francés, rompió el hechizo, hizo añicos el clima de confianza, y resquebrajó la monolítica opinión pública de ciudadanos y operadores.

Maastricht se tambalea y, con él, se ponen en duda los plazos de rectificación. Los mercados se apresuraron a pasar factura movilizandolos sus cuantiosos recursos. Importadores, exportadores, bancos, cajas de ahorros, fondos de pensiones, bancos centrales, grandes emisores tratan de salvaguardar sus inversiones buscando la seguridad de las monedas fuertes con respaldo de políticas económicas ortodoxas, y abandonan las monedas sospechosas por más que los propósitos de convergencia hubieran sido mayoritariamente apoyados. Se resquebraja el Sistema Monetario Europeo y los mercados de divisas y financieros ponen a

cada moneda en su sitio. Roto el delicado cristal de la confianza zarandean a la libra y a la lira hasta arrojarlas del paraíso monetario e infringen un duro castigo a la peseta, al escudo y al franco, que, no obstante resiste la presión devaluatoria gracias a la protección del todo poderoso Bundesbank germano.

**M**aastricht ya no es intocable y comienzan a ponerse de relieve los manifiestos déficit democráticos del Tratado; se recela de las cesiones de soberanía sin el suficiente control, del poder de la burocracia de Bruselas, y todo el mundo está ahora convencido de que es necesario establecer el principio de subsidiaridad: primero los Estados, después Bruselas.

Surgen también las reposadas recomendaciones sobre lo pernicioso del exceso de velocidad en el proceso de la construcción europea, y la conveniencia de ralentizar el camino hacia la

*«La 'cumbre' de Edimburgo, que puso fin a la presidencia británica en la CE, logró parar la descomposición y salvó el Tratado de Maastricht.»*



integración total, para que, siguiendo el ejemplo del largo período de maduración de lo que hasta ahora se ha conseguido con el Tratado de Roma —con avances y retrocesos en una Europa tan susceptible y picajosa— se dé tiempo al tiempo para que las grandes transformaciones

lleguen a cuajar, lentamente, en la opinión pública.

La «cumbre» de Edimburgo, que puso fin a la presidencia británica en la CE, logró parar la descomposición y salvó el Tratado de Maastricht, pero cada día es mayor el convencimiento de que éste no tendrá vigencia real hasta que los gobiernos consigan la reconstrucción de la opinión pública y, con ella, la confianza de los agentes económicos y sociales, de las instituciones y de los mercados, que son, hoy por hoy, la punta de lanza en una economía dominada por la ley de la libérrima movilidad de los capitales, verdaderos jueces de la ortodoxia.

**E**ste escenario de incertidumbre sobre el futuro de la configuración definitiva del Sistema Monetario Europeo como base de la Unión Monetaria Europea es el que, con carácter primario, va a regir en los primeros meses de 1993. Esto quiere decir, entre otras muchas cosas, que la política económica española debe olvidarse de fundamentar la lucha contra la inflación, que está en la base de la competitividad de la economía, en el mantenimiento de una peseta fuerte, sobrevalorada, que permitía abaratar las importaciones de productos vitales para el proceso productivo —energéticos, bienes de equipo, etcétera— y para el consumo con gran influencia en el IPC. Una peseta, además, cuya fortaleza le venía dada por los altos tipos de interés a que se ve obligado a pagar el Tesoro para conseguir la financiación del déficit público.

La acción instantánea de los «brokers ciegos» de los mercados de divisas con libertad de movimientos y licencia para forzar la devaluación ha terminado absolutamente con esta posibilidad. La peseta no podrá tener otro valor que el que se derive de la sanidad y ortodoxia de su política económica.

De lo contrario el mercado la pondrá en su sitio. Con esta premisa-imposición de entrada, la lucha contra la inflación tiene que ser a partir de ahora cosa de fronteras adentro. Nos la tendremos que arreglar nosotros mismos. Datos del Banco de España señalan que los costes relativos, en términos de coste del trabajo por unidad de producto, se han deteriorado en torno a un 8% desde que entramos en el Sistema Monetario Europeo, con el consiguiente deterioro también del nivel de competitividad.

Y llegamos a la cuestión más debatida en las últimas semanas del 92: la necesidad de moderar las subidas salariales, flexibilizar el mercado del trabajo y disminuir la incidencia de las cuotas de la Seguridad Social. También entran en el debate los beneficios empresariales, más en lo que se refiere a su reparto que a mermar su cuantía, porque se va generalizando el convencimiento de que las empresas deben tener la posibilidad de conseguir el mayor nivel de beneficios si realmente se les quiere pedir inversiones y puestos de trabajo. Pero los operadores del mercado de divisas tampoco van a permitir que la política presupuestaria campe a sus anchas, gastando sin tasa y aumentando la presión fiscal, generando déficit públicos que luego financian los inversores internacionales atraídos por los al-

tos tipos de interés, que a su vez inflan el tipo de cambio de la peseta. Con la agravante de que este perverso círculo se cierra con el deterioro del déficit por cuenta corriente, agobiado por unas importaciones masivas que no puede compensar con la suma de las exportaciones y la venta de servicios (turismo incluido).

**«Maastricht ya no es intocable y comienzan a ponerse de relieve los manifiestos déficits democráticos del Tratado; se recela de las cesiones de soberanía sin el suficiente control, del poder de la burocracia de Bruselas.»**

**S**e acabó, por tanto, la posibilidad de descargar sobre la política monetaria y cambiaría la responsabilidad de la política de contención de la inflación. La competitividad es, en gran parte, cosa nuestra. Una peseta fiel reflejo de la economía y unos tipos de intereses consecuentes podrían incluso propiciar el florecimiento del sector real de nuestro país, del sector industrial tan olvidado. Los programas de convergencia tienen la palabra y si es con la Europa Unida, mejor.